2

COMEDIA FAMOSA

EL JOB DE LAS MUGERES SANTA ISABEL, REYNA DE HUNGRIA. Ó EL TIRANO DE HUNGRIA:

DE DON JUAN DE MATOS.

HABLAN EN ELLA LAS PERSONAS SIGUIENTES.

Ludovico, Rey de Lorena.
Cárlos.
Enrique.
Senescal, Barba.
Isabel, Reyna.
Irene.
Flora.
Conde Roberto.
Celio, y Espinaca.
Unos Pobres.
Músicos.
Un Angel.

JORNADA PRIMERA.

Salen el Conde Roberto, Irene, acompañamiento, y Músicos.

Música. SEA bien venida
la nuestra Duquesa,
la Flor de Alemania,
y el Sol de Lorena.

Conde. Estos Jardines amenos,
alegres porque los miras,
verdes por lo que te esperan,
floridos porque los pisas,
son del Duque de Lorena,
tu esposo, apacible Quinta
de ese rio, hermosa Irene,
que con plumas cristalinas
bordan de plata, que al mar
él se escribe, y él se envia,
es el caudaloso rio
del Alpe, espejo, y envidia,
en cuya márgen amena
puedes descansar. *Irene.* Prosigan
mis triunfos, que hasta que llegue
á la Corte, pues dos millas
solo faltan, y vea el Duque
mi esposo, solo es fatiga
la detencion: la litera
llegad. *Cond.* En tanto que avisa,
su Alteza me ha dado órden,
que no pase de la quinta,
que para hospedage breve
de un Sol está prevenida.

Irene. Bien está, la órden se cumpla,
que el Duque querrá, por dicha,
en Vel-Flor verme primero,
que no me ha visto en su vida,
y amante, por siglos cuento
las tardes, oras prolixas,
desde que salí de Neuris,
Ciudad suya, y Patria mia.

Cond.

Cond. ¡Al fin, ha querido el Duque *Ap.*
en su condicion altiva
casar con una vasalla!

Irene. Cantad, proseguid mis dichas,
porque el nombre de Duquesa
en vuestras luces festivas
sea halago del oido,
miéntras que viene á la Quinta
mi esposo, que ya con Cárlos
le avisé de mi venida.

Musica. Sea bien venida
la nueva Duquesa. *Sale Cárlos.*

Cárl. ¿Irene? *Irene.* ¿Cárlos? *Cárl.* Señora,
no sé cómo lo repita.

Irene. ¿Qué ha sucedido? *Cárl.* Un error,
una pena, una fatiga,
el desayre, y el engaño
mayor, que trazó la ira
de algun cauteloso Ulises.

Irene. Necio estás, pues me anticipas
la pena ántes de saberla.

Cárl. Escucha, señora. *Irene.* Dila.

Cárl. Esa Ciudad, que entre flores
parece Alcazar del dia,
cuyos chapiteles altos,
que mal formados divisas,
son en maravilla Efesia,
y en vanagloria Corintia,
es, engañada señora,
Lorena, del Cielo cifra.
Allí hablé al Duque tu esposo,
si palabras lo acreditan;
halléle ocupado en ella
en prevenciones distintas,
competidores los artes,
donde es gloriosa la envidia.
Anegaba un alazan
soberbio en su espuma misma,
hijo del viento Español,
aunque era el monstruo de Frisia;
larga la clin, breve el cuello,
ancho el pecho, el anca hendida,
corta cabeza, gran cola,
el pie fuerte, la piel lisa,
rayo corre, y monte pára,
tasca el freno, el suelo trincha.
arcos las manos, él flecha,
nieve arroja, y llamas pisa,
ciega el Sol, devana el campo,
fuego bebe, y ayre aspira.
Animado de tu pliego
llegué, y en viendo la firma,
bizarro me recibió
con magestad, y con risa.
Hízome preguntas varias,
que ademas de ser antigua
costumbre en Príncipes, quiso
lisonjear tu venida.
Regalóme, y despachóme,
que aunque fue todo con prisa,
pudiéron caber en ella
sus favores, y caricias.
Mas de la Ciudad apénas
discurrir pude una milla,
quando ví tropas de gente
en confusiones distintas.
Y en una carroza luego,
que seis frisones la tiran,
tan blancos, que eran con alma
cometa de nieve riza,
venia un Sol, General
de una luciente familia
de Estrellas, que á ser sus Damas
del Cielo se participan:
luego dos carros triunfantes
con la carroza caminan,
sembrando el campo, y el viento
de celestial armonía;
y si quieres ver las señas
de su imágen peregrina,
oye su retrato en ecos,
verás su copia mas viva.
Atencion, que en un retrato,
trato, de que dé á la tabla,
habla, el pincel, y eloqüente,
cuente de esta Deidad gracia.
El pelo, cuya madeja,
dexa al Sol sin su luz clara,
ara en surcos de cristales,
tales son sus manos blancas.
Sus cejas sobre ojos zarcos,
arcos son, que los dispara
para todo quanto mira,
ira de amor lo que mata.
Por boca un solo rubí,
ví, cuya breve muralla,

halla en sus dientes menudos,
nudos de perlas, que guarda.
La nariz baxa derecha,
hecha en medio, porque á raya
haya en mexillas rapaces,
paces en guerra de nacar.
Su garganta de cristal,
tal es, que en blancura iguala
á la perfeccion del pecho,
hecho de su bella gracia.
De su talle, heroyco hechizo,
hizo, al ver esta Zagala,
gala al Sol, y en su donayre,
ayre Amor para sus alas.
Su planta en breve desden,
en la yerba que bordaba,
daba al prado en cada huella,
ella flores como el Alva.
En su bosquejo agradable,
hable, pues, Venus mas casta,
hasta con su vista honesta
ésta albedríos arrastra.
Pregunto quién es á muchos,
y en tal confusion, y grita,
fué hallar respuesta milagro,
como ignorancia pedilla.
Más uno me dixo á voces:
Esta admiracion divina,
este espanto, este prodigio,
en quien los hombres se admiran,
es la Princesa Isabel,
hija de Andres, Rey de Hungría,
ya de Lorena Duquesa,
con cuya union solicitan
estos Estados la paz,
que en tal señora se cifra.
Y Ludovico Lansgrave,
nuestro Duque, tan servida
la trae al tálamo, en quien
estas gloriosas Provincias,
dando espíritus á Imperios,
y Cetros á Monarquías,
tantos sucesores logren,
que con la arena compitan:
dixo, y dexóme sin alma,
porque en pena tan precisa,
fué al sentimiento lisonja
para que el dolor resista.
Esta es, señora, la causa
de volver necio á tu vista,
pues para volver discreto,
habia de ser sin vida.
Tarde á Lorena has llegado,
Duquesa de Lorena miras,
y esta carta, de consuelo,
ú desengaño te sirva.

Irene. ¡Carta me das de un ingrato!
¡carta me das de un cruel!
rompe el escrito papel,
despedaza el falso trato:
Atomos del viento seas
en sus desperdicios sabios,
tantas letras, como agravios,
el Sol en los ayres lea.
¿Mas quién habrá que lo crea,
que use el Duque este rigor
contra sí, y contra mi honor?
Yo, que el agravio publico,
porque es hombre Ludovico:
¡fuego en el hombre mejor!
¡Duquesa Lorena tiene
en Isabel (ah cruel)
dexando burlada á Irene!
¿quién dirá que se mantiene
solo de engaños tu amor,
cometiendo tal error?
Yo, que el agravio publico,
porque es hombre Ludovico:
¡fuego en el hombre mejor!

Cond. Vive Dios, que aunque lo diga
Cárlos, que no he de creello,
pues puede engañarse en ello,
ó algun agravio le obliga
al Duque. *Cárl.* Yo le defiendo,
que éstas no serán traiciones
del Duque. *Iren.* De que le abones,
mas, que del trato, me ofendo;
¿cómo disculparle quieres,
sin condenar el intento,
si no que este casamiento
quiera hacer con dos mugeres?

Cond. Abre esa carta, señora,
pues es suya. *Irene.* ¿Para qué?
¿Cómo podré darle fe
á quien no la tiene ahora?
Mas quiero leer el engaño,

que por escrito confiesa.
Cárl. Sobreescribe á la Duquesa
de Lorena.
Cond. ¡Caso extraño!
Irene. La firma dice: *Tu esposo*
el Duque. Solo estas son
palabras sin corazon
en labios de un mentiroso.
Lee. Escarmientos de antiguos agravios, que ha hecho Hungría á Lorena, me ha obligado á traer engañada á su Princesa Isabel, con nombre de mi esposa. Vuestra beldad, bella Irene, con satisfaccion de serlo, la trate con desprecios, como á muger, que viene á servir de alfombra en nuestras bodas, y de instrumento en mi venganza, volviendo de estos vituperios á su padre despreciada, corrida, y sin honor. Guárdeme Dios esa belleza, á cuya divina vista remito los logros de mi esperanza.
El Duque.
Cond. Mira cómo se ha engañado
Cárlos. *Irene.* ¿Entre dos mugeres
hacer cuerdo al Duque quieres?
¿Quándo fué Amor recatado?
¿quándo secretos guardó?
¿quándo tuvo cortesía?
¿quándo no ardió en nieve fria?
¿quándo promesa cumplió?
¿Mas yo de qué estoy quejosa?
de las dos, la mas dichosa
en el tálamo verán,
y á mí animando me estan
los privilegios de hermosa.
Prosígase mi jornada,
pues no hay riesgo que lo impida,
qué yo he de ser la elegida,
y Isabel la despreciada.
Cárl. Advierte:-
Irene. En vano previenes
razones á mi razon,
que esos miedos, Cárlos, son
del mucho amor que me tienes.
Cárl. ¡Que des crédito á un papel
porque tu enojo templó!
¿No es mas lo que he visto yo,
que lo que está escrito en él?
Irene. ¿Qué has visto, Cárlos?
Cárl. Desvelos
del arte, y de la escultura,
que aguardan una hermosura.
Irene. Esa seré yo.
Cárl. Los Cielos lo permitan.
Cond. Ellos son
testigos, que el Duque tiene
en tí el corazon, Irene,
que lo demas es ficcion.
Irene. De Cárlos puede haber sido
este engaño, y lo sospecho,
porque sabe, que á mi pecho
inclinacion le ha debido
desde que en mi Patria fué
Virey por el Duque, adonde
solia verme; vamos, Conde:
venid vos, Cárlos, que aunque
habeis estado dudoso
de las glorias que publicó
~~en su papel~~ Ludovico,
afirmando, que es mi esposo;
salid del vano temor
de esa Deidad sin igual,
que á vos no os puede estar mal
verme en fortuna mayor.
Cárl. Mi afecto, de otra esperanza
del Duque avisarte quiso.
Irene. Sí, Cárlos, mas fué el aviso
con muchísima alabanza.
Cárl. Señora, yo:-
Irene Bien está,
yo sé que el Duque me estima.
Cond. Presto saldrás de este enigma.
Cárl. Vamos, que allá se verá. *Vanse.*
Salen el Duque, Enrique, y el Senescal.
Duq. Hermosa está la Ciudad.
Enr. Dos son, porque vuestra Alteza,
para que dure dos horas,
hizo fundar otra en ella.
Senesc. A la madera la ha dado
el Arte tal excelencia,
que arrogante solicita
desmentir bronces, y piedras.
Enriq. Y en aqueste arco primero,
cuya altura es tan immensa,
que primero que el Sol salga,
le va á buscar á su esfera,

está Isabel á tus pies,
y á tu lado Irene bella,
coronada, y vencedora.
Duq. Quiero que junten su afrenta,
y sus desprecios los arcos.
Enriq. Venganza ha sido discreta.
Duq. Tuyo es el acierto, Enrique,
bien es que te le agradezca.
Hoy el Rey Andres de Hungría
vera en ellos mi fiereza,
y mas quando despreciada
su hija á su Reyno vuelva.
Senesc. Señor, mira que aventuras:--
Duq. Nada hay, Senescal, que tema.
Senesc. Aquel, que un daño no evita,
abre á otro daño la puerta.
Andres es Rey poderoso
de Hungría, y con nuevas guerras
puede alterar la Alemania.
Duq. Como ya el amparo venga
del Emperador mi primo,
no serán pocas mis fuerzas.
Enriq. ¿Quién le mete al Senescal
en aconsejar prudencias
al Duque, quando yo he oido
la causa de que aborrezca
tanto á Isabel, y á su padre,
de que no case con ella,
de que á Irene su vasalla
elija, por la belleza,
para su esposa, por ser
para mí mas conveniencia,
que Isabel goce un Convento,
por ser única Princesa
de Hungría, pues ya su padre
pisa la linea postrera
de la vida? Y si casara
con el Duque, en contingencia
ponia yo la esperanza,
teniendo sucesion de ella,
de entrar en esta corona,
que por la linea derecha
de hijo segundo de Astolfo,
tengo de ella precedencia
á los demas sucesores.
Duq. ¿Tanto es Isabel?
Senesc. Sobre estas
virtudes que he referido,
caritativa, modesta,
discreta, santa, piadosa,
llana, afable, y limosnera;
es hermosa, sin ser vana,
y luce como el Planeta,
que es en monarquías de oro
magestad de las Estrellas.
Duq. ¿Tanto luce? *Senesc.* Tanto admira.
Duq. Senescal. *Senes.* Señor.
Duq. Ya aumentas
con tu alabanza mi enojo:
Enrique. *Enriq.* Señor.
Duq. No vuelva
á Palacio el Senescal;
haced que le saquen fuera
de la Corte, y mis Estados.
Senesc. ¿Por alabar la Princesa
merezco, Señor, castigo?
Duq. El que es mi vasallo, entienda,
que ha de gustar lo que gusto,
y no hacer cosa á mí opuesta.
Enriq. Ha de la guarda.
Duq. Así lo ha ordenado.
Enriq. Volvió las espaldas.
Senesc. El Cielo no me las vuelva,
para que conozca el Duque
quántos engaños le cercan.
Vase, y sale Espinaca.
Espin. Albricias, Señor, albricias.
Duq. ¿De qué son?
Espin. De una grande nueva. *Duq.* ¿Quál es?
Espin. Que ha venido un santo
con la Duquesa á sus tierras.
Duq. ¿Y quién es el santo? *Espin.* Yo,
que tengo el alma muy fresca.
Duq. ¿Cómo os llamais? *Espin.* Espinaca.
Enriq. ¿Espinaca? ¡linda tema!
Duq. ¿Y es ese nombre de pila?
Espin. No, pero es nombre de huerta.
Enriq. El gasta humor. *Espin.* Y dinero.
Duq. ¿Y á qué has venido á Lorena?
Espin. A curar locos. *Duq.* ¿Hay muchos?
Espin. Sí, que en un palmo de tierra
hay dos. *Duq.* ¿Quáles son?
Espin. Yo, y vos, lo dicho dichos
unos hay, que tiran cantos,
y otros, que tiran Duquesas.
Enriq. ¿De qué servis á Isabel?

Espin.

Espin. Con pobres gasto su hacienda.
Duq. ¿Sois limosnero? *Espin.* Quoque.
Duq. Así haréis milagros. *Espin.* Etiam.
En el camino me vian
levantado de la tierra
media vara en alto. *Duq.* ¿Cómo?
Espin. Sobre una mula bermeja;
pues esto no es nada: un coche
quebró una pierna á una dueña,
llamáronme á santiguarla,
y quebréla la otra pierna,
con que la evité ir coxa.
Enriq. Aparta, loco.

Sale el Conde.

Cond. Tu Alteza
me dé los pies.
Duq. En mis brazos
es bien que descanso tenga
tal vasallo, porque así
tales servicios se premian:
¿Llegó mi esposa? *Cond.* Ya aguarda
en esta Quinta licencia
para verte, señor, quando
Isabel lo mismo espera
en otro quarto hospedada:
no sé lo que el Duque intenta. *Ap.*
Duq. Vé á acompañarla, y tú,
Enrique, á Isabel de Hungría.
Enriq. Que entran
las dos el aplauso dice.
Duq. Desde un cancel quiero verlas.
Enriq. Fingiré que hago las partes
de Isabel, para que entienda
que yo no he sido la causa
de que el Duque á Irene quiera.
Espin. Yo he de ver quál de las dos
vuelve á su tierra doncella,
que es la mayor pesadumbre:
entrambas vienen contentas.

Sale Isabel por una puerta, y Irene por otra.

Irene. Ola, á su Alteza avisad,
que le aguarda la Duquesa.
Isab. A su Alteza le decid,
que la Duquesa le espera.
Irene. ¿Dónde vas? detente, aguarda,
y advierte, que en mi presencia
no hay mas Duquesa que yo.
Isab. ¿Qué es esto, Enrique?
Enriq. Fierezas de Ludovico.
Isab. Las iras se vencen
con la paciencia.
Irene. ¿Duquesa es esa muger?
Cond. ¡Que esto, señora, consientas!
Isab. Muger soy, y si me dice
lo que soy, ¿en qué me afrenta?
Espin. Duquesa es mi ama, y es
con tres erres Reduquesa.
Irene. ¿Duquesa?
Espin. Duquesa. *Irene* Luego
hay dos Duquesas en Lorena?
Isab. Una hay solamente. *Irene.* Y sabes
que en la Católica Iglesia
una esposa se permite,
y que yo vengo á ser esa?
Isab. Sé, que vengo á ser esposa
de Ludovico. *Irene.* Que seas
su esposa, yo lo ignoro;
desengáñete esta letra,
y esta firma. *Isab.* Aquí, Dios mio,
mis aflicciones comienzan.
Irene. ¿El papel besas? bien haces,
que en él tus agravios besas.
Isab. Amar los agravios, es
la caridad mas perfecta.
Aquí el Duque mi señor
te hace su gloriosa prenda,
bien lo que elige conoce,
y bien ve lo que desprecia.
Tú le gustas, yo le enfado;
tú eres discreta, yo necia;
tú amable, y yo aborrecible,
tú eres hermosa, y yo fea;
tú eres piadosa, y cruel yo;
tú apacible, y yo soberbia;
tú santa, y yo sin virtud;
perfecta tú, y yo imperfecta:
pues siendo así, es bien que el Duque
sin que la justicia tuerza,
á mí me dexe por mala,
y á tí te elija por buena.
Irene. Con tus fingidas razones,
bárbara, afrentarme intentas,
mezclando esas humildades
en arrogante soberbia;
y aunque las partes me faltan,

que me ofreces sin tenerlas,
vengo á ser la que él elige,
y tú la que se desprécia.
Enriq. Ya sale su Alteza.
Irene. Ahora
verás en mi frente puesta
la Corona.
Isab. Inmensos años
la goces, y la poseas.
Espin. ¿Que es gozarla? á mi señora
la he de ver en la cabeza
una Corona, y de Misa,
porque reyne, aunque es Duquesa.
Salen el Duque, y Cárlos con una Corona.
Duq. Aquí piadoso, y cruel,
vengativo me previene
mi honor, ilustrando á Irene,
y despreciando á Isabel:
¿Quál es aquí Irene?
Carl. Aquel sol que admiras.
Duq. Mas quisiera,
que Isabel, Irene fuera,
que despues que la miré,
ni es una la que ántes fué,
ni es otra la que ántes era.
Las dos. Dadnos los pies.
Duq. Levantad.
Isab. Levántese la dichosa,
que merece ser tu esposa.
Duq. ¡O peregrina humildad!
Irene. Yo lo soy en propiedad,
y así me levanto aquí.
Duq. Vengado se ha Andres de mí,
quando de él pensé vengarme:
levantad, ~~señora~~.
Isab. Para humillarme,
vuestro acento obedecí.
Duq. Dadme la Corona.
Irene. Ahora me corona.
Duq. Este Laurel reciba::-
Irene. ¿Quién? *Duq.* Isabel,
que ha salido vencedora.
Irene. ¿Qué dices? *Duq.* Que se mejora
así la Corona bella,
pues quando quise ofendella
con tanta riguridad,
pongo en tí la voluntad,
y la execucion en ella.
Causa hay superior en mí
pues ofenderla pretendo,
y la premio, y no la ofendo,
siendo el premio para tí.
Isaac vengo á ser aquí,
y tan sin ojos estoy,
que á Esaú tentando voy
con deseo de no errar,
y oyendo á Jacob hablar,
él Mayorazgo le doy.
Secreto debió de ser
del Cielo, Isabel, sin duda,
pues ya en otro sér se muda
el que te quiso ofender.
Angel eres, no muger,
y alguna oculta deidad
tienes en tu honestidad,
que quando en soberbio arrojo,
me busqué para el enojo,
me hallé para la piedad.
Sin mí estoy porque te ví,
que hasta verte, y adorarte,
en mí estaba, y sin amarte,
era culpa estar en mí.
Dichoso yo, pues en tí
dexé el alma, y albedrío,
Isabel; cielo, en quien fio,
que en tu sér me restituyo,
me huelgo de no ser mio.
Isab. Señor, si daros pudiera
dos almas para serviros,
una saliera en suspiros,
y otra en mi llanto saliera;
porque os amo de manera,
que si tuviera almas dos,
entrambas (testigo es Dios)
gran Señor, despues que os ví,
dexaran de estar en mí,
solo por estar en vos.
Expliquen en tal contento
dos almas una razon,
dos llamas un corazon,
y dos voces un acento:
dos vidas, un solo aliento
me dé Amor para quererte;
que quisiera en feliz suerte
tener, por solo agradarte,
una vida para amarte,

y otra para merecerte.
Duq. Llega, querida Isabel,
á mi solio soberano.
Enriq. Salióme mi intento vano.
Cárl. Templó el Duque lo cruel.
Duq. Pisa, Isabel, mi dosel,
y este dia el Cielo escriba
con Estrellas. *Isab.* En él viva
en paz union tan dichosa.
Duq. Vasallos, viva mi esposa.
Todos. Viva la Duquesa, viva.
Duq. Todos partid á Lorena.
Carl. Efecto fué celestial
su mudanza. *Irene.* Y yo te pido
perdon de haberte ofendido.
Isab. Llega á mis brazos.
Irene. Neutral
está el alma en lance igual. *Ap.*
Espin. Si no elige á la de Hungría,
de esta vez yo me volvia
de Espinaca en verengena.
Duq. A la Duquesa asistid,
Irene: Enrique, decid,
que libren al Senescal.
Iren. Nací en hado desdichado. *Ap.*
Duq. Todos mi esposa alabad.
Isab. ¡Qué agrado! *Duq.* ¡Qué honestidad!
¡qué atenta! *Isab.* ¡Qué enamorado!
Duq. ¡Feliz prision! *Isab.* !Fiel cadena!
Duq. De gozo el alma está llena.
Isab. ¡Qué firme amante! *Duq.* ¡Qué amor!
no hace el Cielo mas favor,
que dar una muger buena. *Vanse.*
Espin. Por Limosnero aguardando
estan mil pobres por mí;
pero ételos aquí,
todos vienen zanqueando:
vamos. *Salen los Pobres.*
1. Aguarda, Espinaca.
2. A mí me ha de oir primero.
3. Yo á solas hablarle quiero.
Espin. ¿Hay pobres de mas mala raza?
4. Oiga la desdicha mia
su Merced. 1. Su Caridad.
2. Su Excelencia. 3. Su Eternidad.
4. Su Alteza, su Señoría.
Espin. ¿Oigan con qué raros modos
me tratan los pobrecitos?
A espacio, á espacio hermanitos,
que Espinaca hay para todos.
1. Duélase del pobre ciego.
2. Mire este Soldado cojo.
3. Al pobre que perdió un ojo.
4. Déle á este manco, le ruego.
Espin. Primero el ciego ha de hablar,
y el segundo ya le he visto.
2. Yo el segundo.
Espin. El segundo no jurar.
1. Yo soy un ciego señor,
que por mirar hermosuras
me vine á quedar á obscuras.
Espin. ¿De qué cegaste? 1. De amor.
Espin. ¿Y aqueso qué fué? ¿balazo?
2. Mas ha sido:
en un sitio me quitáron
esta pierna, y me la asáron.
Esp. ¿Como fué? 2. Estando dormido.
Esp. ¿Dormido? 2. Sí. *Esp.* ¡Bravo empeño!
2. Un Soldado de hambre fiera
me comió pierna, y cadera.
Espin. Debeis de tener buen sueño:
¿Y quién era el tal Soldado
papa piernas hasta el hueso?
2. Un camarada. *Espin.* Por eso
llegó á comeros un lado.
Diga el tuerto su conflicto.
3. Un hombre, por cierto enojo,
me sacó, hermano, de este ojo
una niña de Lorito. *Esp.* ¿Y cómo fué?
3. Una ventana,
por ver un lance amoroso,
asoméme, y por curioso,
me pegó con ser ventana.
Espin. ¿Acechabas? 3. Soy vecino,
víame de cerca él,
miróme. *Esp.* ¡Lance cruel!
3. Apuntóme. *Esp.* ¡Bravo tino!
3. Por apuntarme, he quedado
sin luz. *Espin.* Por acechador,
tuerto, no apuntó mejor
el apuntador de Prado.
El manco diga su afan.
4. Un carabinazo fué
de ayre, de él manco quedé.
Espin. ¿Manco? 4. Como el gavilan,
por un ayre estoy baldado.

Espin. ¿Fué corrupto? 4. Aun fué peor:
fué el ayre de un hablador,
que me pedia prestado.
Espin. De esos malos ayres suelen
correr muchos por la Corte.
4. Deme Usted. *Espin.* Usted se reporte:
todos á Lorena vuelvan,
que su Alteza me ha mandado,
que á todos junte.
1. No es nada. 2. ¿Y habrá sopa?
Espin. Mas dorada,
que los yerros de un menguado:
hoy tendrán bravo socrocio.
3. Dios le dé lo que desea,
Espin. Si no se sabandijéa,
está perdido el negocio.
1. Dios le haga rico.
Espin. Yo serlo
espero, y que todo me sobre,
pues desde hoy mas cada pobre
me valdrá mucho dinero.

Salen Enrique, el Senescal, y Cárlos.

Enriq. No ha habido fiesta mayor,
ni miró la antigüedad
con tanta celebridad
sus triunfos.
Cárl. Todo el primor
de la pintura en Lorena
se juntó, y han parecido
sus calles en lo florido
rios de oro en selva amena.
Enriq. ¿Qué os pareció la eleccion
de Isabel? *Carl.* Que fué importante
á la paz. *Enriq.* Si en mi semblante
leyeras mi corazon,
no dixeras, que habia sido
tan buena: El Duque la tiene *Ap.*
sumo amor; pero yo á Irene
me holgara hubiera elegido.
Cárl. Isabel tiene piedad,
y á los pobres con grandeza
socorre. *Enriq.* Tanta llaneza
desluce la Magestad.
Cárl. ¿El dar con liberal mano,
condenas, quando el dar es
oficio del Cielo, pues
su exercicio es soberano?
Enriq. En exercicios como estos
su pompa Augusta marchita,
pues para el pobre se quita
los vestidos que trae puestos;
y si da tan sin compas
á los pobres importunos,
hará pobres los demas.
Cárl. Que es hombre Enrico ambicioso *Ap.*
siempre de él lo he presumido;
pero ahora lo he creido.
Enriq. El Duque sale.

Sale el Duque, é Isabel.

Isab. A mi esposo
este dia celebrad
con tan alegre armonía.
Duq. Solo á mi esposa alabad,
decid, que Isabel es mia;
proseguid, cantad, cantad.
Music. En los apacibles nudos
enlace Amor esta vez,
de Isabel, y Ludovico
la azucena, y el clavel.
Duq. Decid, que al Cielo llegué,
que sus luceros toqué
entre sus celages roxos,
ni mas bellos que sus ojos,
ni mas firmes que mi fé.
Music. El Sol espere las luces
quando quiera amanecer,
porque se corone el dia
á rayos de Soles tres.
Dentro. Denle á este pobre llagado,
que no lo puede ganar.
Isab. Cese, señor, de cantar,
que el pobre me ha lastimado,
y es fuerza irle á remediar.
La armonía, y el gemido
del pobre, musica son
con diferente sonido,
que una pasa al corazon,
y otra queda en el oido;
y así, entre uno, y otro acento,
oir al pobre es contento,
y es música á que me ajusto,
que ésta me ocasiona un gusto,
y estotra un merecimiento.
Por eso un pobre afligido
con llanto me ha suspendido,

que es mejor en dulce calma
el dar gusto á toda un alma,
que divertir un sentido.

Sale Espinaca.

Espin. Ya obedecí tu mandato.
Duq. ¿Qué te mandó?
Espin. Que juntase
á quantos pobres hallase,
porque con Real aparato
quiere darlos de comer.
Isab. Perdonad mis demasías.
Espin. Esto hace todos los dias.
Duq. ¡O peregrina muger!
Isab. Si no os da gusto, me pesa.
Duq. ¿Qué es pesarme? yo el primero
he de ir sin capa, y sombrero
á servirlos á la mesa.
Cárl. ¡Qué amante la solicita!
Cond. ¡Qué fino que la enamora!
Enriq. Como á la Duquesa adora
el Duque, en todo la imita.
Duq. Vamos, y vuelve á cantar,
miéntras los necesitados
comen. *Vase.*
Espin. Pues ya estan sentados
á la orilla del mascar.
Isab. Ahora me ha parecido,
Flora, el Duque mas galan.
Flora. Todos juntándose van
en órden. *Espin.* Ya prevenido
está todo. *Isab.* A tu cuidado
se debe.
Espin. Yo lo dispongo:
para empezar hay mondongo,
y para acabar asado.
Flora. La disposicion alabo.
Espin. Porque comen como lobos,
para los pobres mas bobos,
hay mucha carne de pato.
Hay despues de una taberna,
que serena los enojos,
gigote para los cojos,
porque no les falte pierna.
Porque de todo se trate,
despues de gente ahita,
si una pobre me visita,
tambien tengo chocolate.
Music. Coronados de favores,
como en espejo se ven,
dos corazones cautivos,
él en ella, y ella en él.
Flora. ¿No ves, señora, no ves
como á los pobres postrado
sirve el Duque?
Isab. Y humillado
á todos besa los pies.
Music. En el yugo mas dichoso
un Cetro solo á dos manos,
y á dos frentes un Laurél.

Sale el Duque.

Duq. Contento fuí, y triste vuelvo
á tu vista. *Isab.* ¿Esposo mio,
qué teneis? *Duq.* Una fatiga,
y un dolor, que no resisto.
Apénas, señora, apénas
me ocupé en el exercicio
de socorrer á los pobres,
quando dos cartas recibo
por dos correos á un tiempo.
Isab. ¿Y qué contienen? decidlo.
Duq. Una, un pesar todo vuestro;
y otra, un sentimiento mio:
el Rey vuestro padre es muerto.
Isab. Paciencia, Cielos Divinos,
vuestra voluntad se cumpla,
y haga la sangre su oficio.
Duq. ¿Lloras, Isabel?
Isab. Piedades
son de un corazon rendido;
á Dios infinitas gracias
le doy: ¿No veis, Ludovico,
quán bueno es servir al Cielo?
Murió mi padre, y propicio,
apenas con humildades
os vió servir al mendigo,
quando os paga de contado
con un Reyno el beneficio.
Yo tambien de sus favores
en el pesar participo,
pues siendo vuestra, me envia
las penas con los alivios;
que si he perdido un buen padre,
tambien gano un buen marido.
Duq. Estotra carta es, Señora,
del Papa, en como á hijo
de la Iglesia me convoca

de Jerusalén al sitio,
para hacer la redencion
de los Lugares cautivos,
con la Sangre salpicados
de aquel Cordero Divino.
La Bula de la Cruzada
concede en afecto vivo
á quantos en esta empresa
mancharen su acero limpio,
á todos de culpa, y pena
les absuelve, y hace dignos
del Cielo, si con Fé siguen
el Estandarte de Christo:
yo solo en facion tan alta
piadoso estoy, y remiso.
Servir á la Iglesia es justo;
y á un mismo tiempo me miro
su Soldado, y vuestro amante.
Si os dexo, soy poco fino;
si allí el valor me da alas,
aquí me pone amor grillos.
Vuestro soy, mirad, señora,
qué haré en lance tan preciso,
pues quando un Reyno me espera,
y en Jerusalen un sitio,
si mucho gano en dexaros,
mucho pierdo en no asistiros.
Isab. Servid, señor, á la Iglesia,
que el dudarlo fué delito,
quando para la victoria
vuestro brazo espera invicto;
partid á la guerra, quede
yo sola, que si el desvío
es por servir vos á Dios,
fuerza es, que él quede conmigo:
éste es, señor, mi consejo.
Duq. Tu consejo, Isabel, sigo,
y mis vasallos, señora.
Todos. Todos decimos lo mismo.
Duq. Pues mañana he de partirme,
y vos habeis de partiros
á Hungría, y Enrique, y Cárlos
han de ir en vuestro servicio.
Cárlos, demas de mi Corte;
de vuestra presencia fio
la paz de nuestros Estados.
Enriq. Yo lograré mi designio, *Ap.*
pues quedando Isabel sola,
esta Corona á que aspiro,
veré ceñida en mis sienes.
Cárl. Y yo prometo asistiros,
hasta que triunfante vuelva
á Hungría el Rey Ludovico.
Duq. Yo os doy palabra de ser
á todos agradecido.
¿Sentís, Isabel, mi ausencia?
Isab. Tanto, que del llanto mio
formaré espejo en que os vea,
por tener para mi alivio,
señor, mas retratos vuestros
en el dolor repetidos.
Duq. ¿Cómo puede ser, señora,
aconsejarlo, y sentirlo?
Isab. Antes ha sido fineza,
porque en trofeo tan digno,
no querer aconsejaros,
fuera querer desluciros.
Duq. En fin, ¿yo he de estar sin veros
un instante?
Isab. Esposo mio,
al Cielo ese merecimiento
le ofreced en sacrificio.
Duq. El me vuelva á vuestros ojos.
Isab. De oirle me ha enternecido.
Duq. De mirarla estoy suspenso.
¡Qué hermosura!
Isab. ¡Qué cariño!
Duq. !Qué pena!
Isab. ¡Qué amor!
Duq. ¡Qué muerte!
Isab. ¡Qué voluntad!
Duq. ¡Qué martirio
es vivir dos que se quieren
amantes, y divididos!
Isab. Apénas pronunciar puedo,
que las palabras que digo
un acento las comienza,
y las acaba un suspiro.
Duq. Vamos, amada Isabel.
Isab. Vamos, esposo querido. *Vanse.*

JORNADA SEGUNDA.

Sale Flora y Espinaca.

Espin. Flora, con tu permision
quisiera á la Reyna ver.

Flora. ¿Pues qué la puedes querer?
Espin. Acá es cierta permision.
Flora. Esa es cosa de concierto,
y no la sabrás hacer.
Espin. Pues pregunto, ¿el pretender
es mas, que hablar cabiztuerto,
y decir, yo siempre espero
favores de esa presencia,
y tener una paciencia
hecha á prueba de portero?
Flora. ¿Pues qué pretendes, cuitado?
Espin. No hay quien mi intento interprete.
Flora. ¿Regimiento?
Espin. Soy ginete.
Flora. ¿Comision?
Espin. Mas dexando aquesto, Flora,
¿parécete á tí ocasion
de intentar mi pretension
con la Reyna mi Señora?
quando ha tan poco, que el Rey
murió, cuyo gran valor
hizo la prueba mayor
en defensa de la Ley;
pues desde que le rompiéron
en aquel encuentro airado,
jamas, Flora, le han hallado,
por mas que buscarle hiciéron.
Flora. Eso no te dé inquietud,
que segun lo que yo toco,
ella lo siente muy poco.
Espin. Todo eso, Flora, es virtud.
Flora. Pues yo tal vez lo he sentido,
por próximo, y lo he llorado.
Espin. Mira, ¿no está averiguado,
que sea próximo un marido?
Flora. De puro santa no siente.
Espin. Siempre me lo ha parecido.
Flora. Pues aun tú no lo has sabido:
es muger muy penitente,
siempre en santos exercicios
los ratos tiene ocupados,
y trae al cuerpo pegados
unos rallos por silicios.
Espin. ¿Rallos trae? *Flora.* Muy lindo es eso;
yo doy de ello testimonio.
Espin. Bien hace, por si el demonio
se la quiere armar con queso.
Flora. Dando ella quanto adquiere
á pobres, que á eso se ayuda,
por los pobres se desnuda,
y por los pobres se muere.
Espin. ¿Tanto á los pobres se inclina?
Flora. Es una cosa muy rara;
tanto ha dado, que no tiene
caudal ya para hacer bien.
Espin. Animo, porque tambien
me dará; pero ella viene.

Sale Santa Isabel.

Isab. Vos, Soberano Señor,
Sabio, Justo, y Poderoso,
me quitasteis á mi esposo,
ya si es ofensa, es dolor.
Yo os le ofrezco, y en mi pecho
contradiccion no hallaréis,
porque lo que Vos haceis
mira al humano provecho;
y no es dexarle de amar,
como ya lo conocisteis,
mas como Vos me le disteis,
me le pudisteis quitar.
Venga el trabajo mayor,
y la mas fuerte crueldad,
que si es vuestra voluntad,
yo le tendré por favor.
Flora. Llega, el miedo no te ataje,
por si algo tu industria saca.
Isab. ¿Qué haces tú con Espinaca?
Espin. Quiere hacer de mí un potage.
Isab. ¿Y tú qué quieres? *Espin.* Señora
yo, viendo tu gran bondad,
si he de decir la verdad,
(pienso que me pierdo, Flora)
vengo hoy á favorecerme,
como á centro soberano,
de tí: yo tengo un hermano,
(aquí es fuerza enternecerme)
cautivo está, y á decir
me envia ahora en un pliego,
que si no le libro luego,
el Moro le ha de freir,
y en él mi casa se empieza,
porque es mi hermano mayor,
y será grande dolor
el freirme la cabeza.
Y así, con suspiros mudos,
os pido, como vasallo,

me deis para rescatarlo
tristes doscientos escudos;
que aqueso es lo que violentos
piden los Moros; y es dado,
que el mozo frito, y quemado
vale mas de quatrocientos.
Isab. ¿Y te parece que está
firme en la Fé? *Espin.* Si le dieran
dos mil muertes, no le hicieran
renegar (famosa vá):
si le ponen como un lirio,
estará firme y contento.
Isab. Pues yo quitarle no quiero
la corona del martirio.
Espin. Harás que me vuelva Moro,
si el dinero no haces dar.
Isab. Yo no le quiero quitar
un tan inmenso tesoro.
Espin. Pues acude á otra querella,
que es una obra muy piadosa;
dentro de mi casa posa
una muy santa doncella,
y está con trabajo, harto
enferma, y tu ayuda implora.
Isab. ¿Y es doncella? *Espin.* Sí Señora.
Isab. ¿De qué enfermó?
Espin. De un mal parto.
Isab. ¿Qué dices? *Espin.* Perdí la china:
dixo, esta vez me destruyo,
que el mal parto no fué suyo.
Isab. ¿Pues de quién? *Espin.* De una vecina:
porque este el suceso es,
que en mi casa malparió
una dueña, y se baxó
la doncella en guardapies,
y hacia unos frios extraños,
y le baldáron un hueso,
y en la cama, de este exceso,
ha que está quinientos años.
Flora ¡Qué locura! *Isab.* pues yo haré,
pues lo que dices no entiendo,
que Cárlos, tu dueño, entienda
de aquesa pobre el remedio.
Espin. Ella no habla con mi amo,
que es recatada en extremo;
pero él viene con Irene;
y de mi hermano, ¿qué harémos?
Isab. Si él está firme en la Fe,
dexadle ganar el Cielo.
Espin. El no reniega, mas tú
me haces renegar con eso.

Salen Cárlos é Irene.

Irene. Cárlos, la muerte del Rey
estorbó el tratado efecto
de nuestras bodas; mas ya
que vive con mas consuelo
la Reyna, de que se logre
nuestro amor tratar podemos.
Cárl. Plegue amor, que así suceda,
porque amor á un lazo estrecho
nuestras dos almas reduzca,
y vivan con un aliento.
Isab. Cárlos, yo tengo que hablaros,
y me excusasteis con veros,
el que os llamase; dexadnos
solos. *Irene.* Ya yo te obedezco;
¡tantos favores á Cárlos!
¡con Cárlos tantos secretos!
mas ignorancia de amor.
La Reyna es humano cielo,
y en veneracion se quedan
los que empiezan á ser zelos. *Vanse.*
Isab. Vete tú fuera, Espinaca.
Espin. ¡Que la saquen el dinero
á esta Señora los mancos,
y yo no! el juicio pierdo.

Vanse Flora y Espinaca.

Isab. Cárlos, ya presumiréis
lo que yo quereros puedo.
Vos sois de quien yo me fio,
y vos sois mi Limosnero;
para socorrer sus pobres
os toma por instrumento
Dios, ya que aquesta piedad
en mí lo murmura el pueblo,
y he dado quantos tesoros
depositáron mis Reynos
en mí, que cómo prestados
me acusa el verse sin ellos.
Ya ni joyas me han quedado,
que vos con piadoso pecho,
para socorrer sus pobres
las vendisteis á mis ruegos.
Y no os pese, no, de ser
la mano con que le ofrezco
á Dios aquestos regalos;

por-

porque es preciso, y es cierto,
que de llevarlos á Dios,
os toca gran parte de ellos:
que aun en lo humano está en uso,
que al que en nombre de su dueño
lleva un presente, le den
algo del presente mesmo.
Pues si esto es así, ¿quién duda,
que Dios, que es Señor Inmenso,
si yo le envio estos dones,
y vos sois el mensagero,
á vos os dará tambien
parte del merecimiento?
Ya, Cárlos, no me ha quedado
mas joyas, ni mas dineros,
que estos retratos, que son,
los que al hacer los conciertos
de nuestras bodas, el Rey,
y yo, nos dimos á un tiempo,
que un solo engaste los ciñe
como lo estaban los pechos.
Los diamantes que los cercan
sin duda serán de precio,
pues con valor, y extrañeza
se labráron á este intento.
Quitadlos de las pinturas
para que podais venderlos,
y repartirlos á pobres,
siempre, Cárlos, prefiriendo
la mayor necesidad;
y no os excuseis de aquesto
por respeto de las copias,
que aunque os ofrezcais de hacerlo
de vuestro propio caudal
por atender al respeto,
yo no os de consentir,
que vendré á ser la que pierdo,
pues me quitaréis á mí
aqueste merecimiento.

Cárl. Yo, señora, sabe Dios
lo que siento; mas supuesto
que vos gustais, no os replico.

Asómase al paño Enrique.

Enriq. La Reyna está aquí, yo quiero
oir lo que habla con Cárlos.

Isab. Pues Cárlos, esto os ordeno;
mi retrato, y el del Rey
os doy aquí, haced con ellos
lo que os digo, y no os impida
el decoro, ni el respeto,
que no puedo dedicarlos
á mas ajustado empleo.

Enriq. Su retrato, y el del Rey
le ha dado ahora; ¿á qué efecto
puede ser esto? ¿mas yo
por qué averiguo el intento,
si el verlos en su poder
me puede servir de medio
para dar mejor calor
á la traicion que pretendo?

Isab. Vendedlos, y dadlo á pobres,
como advertido os lo tengo.

Enriq. No importa, llévelos él,
que nada añade el pretexto:
yo haré que el Reyno sea mio,
mas mejor lo dirá el tiempo;
yo disimulo: ¿Señora? *Sale En*

Isab. ¿Enrique?

Enriq. A deciros vengo
lo que vuestro Reyno todo
en vuestra ofensa ha dispuesto.

Isab. Yo como no acierto en nada,
no puedo admirarme de eso.

Enriq. Si no se sigue la emienda,
¿qué sirve el conocimiento?
El Reyno, pues, ya cansado
de que no sirve el consejo
con vos, y vuestro descuido
por instantes va creciendo,
ha resuelto, que las cosas
del Estado, y del Gobierno,
pasen todas por mi mano
consultándolas primero
con vos, porque de este modo
lleguen al debido efecto.
Tambien se ha determinado,
que de las rentas del Reyno
no podais vos disponer,
porque gastais sin concierto
lo que despues hace falta
en los mayores aprietos.
Esto es con tal desperdicio,
y esto es con tan grande extremo,
que habeis consumido ya
quanto el Erario secreto
depositó en vuestra mano

para sus propios empeños.
El dar limosna á los pobres,
vos por vos misma, es gran yerro,
y es contra la Magestad,
que debeis á tanto Imperio.
Y por aquesas piedades,
que en vos desatenta veo,
si algunos os quieren mas,
todos os respetan ménos.
Ningun mendigo ha de entrar
en Palacio, ni á sus ruegos
habeis de hacer indecencias
de que se avergüence el Cetro.
Y en fin, el Reyno os encarga,
que emendeis algun exceso:
que vos pensais, que se ignora,
por oculto, ó por secreto,
porque si no le emendais,
os vendrá á costar el Reyno:
Venid, Cárlos. *Isab.* Sabe Dios,
que de quanto habeis propuesto,
el carecer de los pobres
es solo lo que yo siento.
Enriq. Vamos, Cárlos, porque á solas
que comunicaros tengo
una novedad, que pide
venganza, y castigo á un tiempo.
Cárl. No sé qué juzgue de Enrique; *Ap.*
guarde vuestra Alteza el Cielo.
Isab. Cárlos, no dexeis de verme.
Enriq. Todo esto ayuda á mi intento: *Ap.*
yo el Reyno la quitaré,
porque ambicioso, y soberbio,
á costa de una traicion
he de ser de Hungría dueño.

Vanse, y queda Isabel.

Isab. Señor, pues mi corazon
teneis en vos, bien sabeis,
que aunque mas penas me deis,
glorias apacibles son.
Por vos no quiero reynar,
por vos quiero padecer,
porque por vos es placer,
lo que sin vos es pesar.
Solo he sentido, mi Dios,
el limitarme el poder,
que los pobres no he de ver,
porque os retratan á vos:
¿cómo podré yo vivir
sin pobres? ¡pena cruel!

Sale un Niño de Peregrino.

Niño. No te aflijas, Isabel,
que yo te vengo á pedir.
Isab. ¿Pues cómo, Niño, hasta aquí
te entraste? que la crueldad
ya impide aquesta piedad.
Niño. No hay estorbos para mí.
Isab. Verte solo me da pena:
sin duda no tienes padre.
Niño. Padre tengo, y tengo Madre,
y es una Madre muy buena.
Isab. Grande lástima me das,
pero mi afecto es en vano.
Niño. Mírame una, y otra mano,
y mas te lastimarás.

Muestra las Llagas.

Isab. Ya esos rayos conocí,
que en mi pecho reverberan.
Niño. Grandes trabajos te esperan;
¿padeceráslos por mí?
Isab. ¿Qué me podrás enviar,
que no parezcan favores?
Niño. Mil afrentas, mil rigores,
Isabel, has de pasar.
Isab. A qualquier rigor se humilla
el que sigue vuestra luz.

Pónese en la Cruz.

Niño. Isabel, esta es mi Cruz,
quiero enseñarte á sufrirlos,
pasa por mí su impiedad,
con amor, constancia y fé.

Va subiendo el Niño, y Santa Isabel en su elevacion, y en llegando dice, volviendo la Cruz, y baxando la Santa.

Niño. Contigo queda mi Amor,
aunque á tu vista me ausento.
Isab. Pues yo ofrezco obedeceros,
y ahora para gozaros,
en pobre voy á buscaros,
para no dexar de veros.

Vanse, y salen Cárlos, y Enrique.

Enriq. Ea, intencion mia, hoy
doy á mi intento principio:
Cárlos, para un grande empeño
vuestro valor apercibo.
Cárl. A qualquiera noble hazaña

me encontraréis prevenido:
Ea, decid.
Enriq. Es tan extraña
la novedad, que yo mismo
me embarazo al pronunciarla,
quando al decirla me animo.
La Reyna, (pero dexadme,
ved si alguno puede oirnos,
que aun el ayre no quisiera
que fuese en esto testigo:)
La Reyna, entre la virtud,
que afecta en trage, y estilo:
(no sé por dónde comience
á decir su error: ¡qne indigno!)
libremente deshonesta
contra el decoro debido
á la Magestad, se entrega
al amor torpe, y lascivo
del Conde Arnesto.
Cárl. Callad,
porque es un Angel divino
la Reyna, y lo que decis,
aun escucharlo es delito.
Enriq. ¡Ah, Cárlos, que con aquel
engaño falso, y mentido
de la virtud, cubrir quiere
los sospechosos indicios!
El Conde (no lo dudeis,
que pues yo llego á decirlo
con la lealtad que profeso,
todas las dudas os quito:)
El Conde á deshora entra
á verla, y en repetidos
halagos todas las noches
logran su torpe apetito.
El no consentir la Reyna
nadie en su quarto, ha nacido
desta traicion, y la cubre
con el pretexto fingido
de encubrir las penitencias,
cuyos aparentes visos
hacen hipócritamente
espaldas á su delito.
Y porque no lo dudeis,
vos con vuestros ojos mismos
lo habeis de ver esta noche
dentro en su quarto escondido;
porque vos para esta empresa
teneis medios mas precisos
que los demas, porque Irene
os pondrá en qualquiera sitio
que la digais, y veréis,
que es verdad lo que os he dicho,
porque buscarle quando entra,
sirve de abrirle el camino
á la disculpa, y no queda
en su traicion convencido,
pues puede decir, que mueve
sus pasos otro designio.
Muera el Conde; pues viviendo
el muerto Rey Ludovico
tambien le quitaba aleve
el honor mas noble, y limpio.
Vos sois el deudo del Rey
mas cercano, y lo que os quiso,
merece, que aun en cenizas
volvais por su honor perdido.
Muera el Conde, si os parece,
que quede en eterno olvido
aquesta afrenta, el silencio
se lo fie al artificio.
Que aunque es ley, que aqueste
le pierda la que ha incurrido
en qualquiera liviandad,
yo que se calle permito
esta traicion alevosa,
aunque sucesor preciso
soy del Imperio de Hungría,
porque se libra á los siglos
del Rey la heroyca memoria.
Ea, Cárlos, yo os animo;
á vos la venganza os toca,
haced leal, y atrevido
lo que os digo, ó juzgaré,
que no os atreveis remiso
á fiar de vuestro esfuerzo
un empeño tan altivo.
Cárl. ¡Válgame Dios! ¿puede ser,
que sea verdad lo que he oido?
¿pero yo en exâminarla,
qué pierdo? y así me libro
de la nota de cobarde,
que si es falso, y lo averiguo,
yo cobraré de su sangre
este engaño fementido.
Enr. ¿No os resolveis? *Cárl.* Ya me e

ya mi lealtad se ha vencido;
yo en el quarto de la Reyna
entraré esta noche altivo,
y de dos cosas, la una,
que yo grangee es preciso,
desempeñaros á vos,
ó castigar el delito.

Enriq. Eso sí, de aqueste agravio
sed el sangriento ministro,
y póstuma la venganza
tome á su cuenta el castigo.
Del Rey, y del Reyno á un tiempo
vais á vengar atrevido
la ofensa, ayuda el valor
á dos notables motivos.

Cárl. Pues yo voy á hablar al Reyno,
y desmintiendo el principio,
haré, que en parte me ponga
donde castigue mi brio
al Conde, y el Rey me deba
la ley que le sacrifico.

Enriq. En fin, Cárlos, ¿qué animoso
os exponeis al peligro?

Cárl. No hay duda en que yo le emprenda.

Enriq. No en valde de vos lo fio;
¿quereis que yo os acompañe?
Así la duda le quito. *Ap.*

Cárl. Nada mi valor rezela.

Enriq. Y vuestro esfuerzo exâmino.

Cárl. Muera el Conde, si es verdad.

Enriq. Verdad es, pues yo lo afirmo.

Cárl. A Dios, Enrique. *Enriq.* El os guarde.

Cárl. Si mala Isabel ha sido,
bien pueden faltarle al Sol
sus rayos puros, y limpios. *Vase.*

Enriq. Ya puse la primer piedra
en mi engañoso edificio,
y para quitarla el Reyno,
tengo asentado el principio:
que aunque pudiera esperar,
pues soy al Reyno admitido,
muerta la Reyna, ceñirme
el Laurel que solicito,
es mucho aguardar á un pecho
tan altivo como el mio.
El Conde, y el Senescal
á este engaño persuadidos:::-
ero ellos vienen, en ellos
el fin de mi intento libro.

Salen el Conde, y el Senescal.

Senesc. Digo, Conde, que fue muy acertado
á todo aqueste Reyno, y al Estado
de las cosas, hacer que interviniese
Enrique á los despachos, y tuviese
la Reyna en su descuido, quien la diga
á lo que el peso del reynar la obliga.

Con. Enrique es nuestro amigo, y en su aumento
nuestro cuidado ha de vivir atento:
pero aqui está. ¡O Enrique! habeisle dado
cuenta á la Reyna de lo que ha ordenado
aqueste Reyno, que su olvido llora?

Enriq. Dexemos eso, porque importa ahora
daros noticia al veros sin testigos:
¿Mas decidme los dos, sois mis amigos?

Senesc. ¿Eso habeis de decir de nuestro zelo?

Enriq. Pues con ese seguro, sin rezelo
os diré (aunque la voz lo dificulta)
quanto en el pecho mi temor oculta.
La Reyna quiere á Cárlos, y ha llegado
su deshonesto amor desenfrenado
á tanta ceguedad, y á tanto olvido,
que denoche en su quarto entra atrevido.
¿Mas para qué es ahora encarecello,
si los dos esta noche podeis vello?
en su mismo aposento la evidencia
á los dos ha de darles la sentencia,
Y viven en su amor tan sin recato,
que Cárlos de la Reyna trae un retrato,
y otro del Rey, que por infiel trofeo
se le entregó su bárbaro deseo,
como lo podeis ver quando en su arrojo
castigue su delito nuestro enojo.

Senesc. Pues, Enrique, si es cierta aquesa ofensa
como de tu verdad mi fé lo piensa,
el Reyno á tí te toca,
pues por su liviandad bárbara, y loca
le perderá la Reyna inadvertida,
porque es de Hungría ley establecida,
y yo á que reynes desde aquí me obligo.

Enriq. Yo no aspiro á reynar, sino á castigo.

Cond. Pues ya la noche viene,
dínos ahora, ¿qué es lo que previene
tu cuidado? que á todo lance expuestos,
estamos á tus órdenes dispuestos,

Enriq. Que vamos á juntar de la Nobleza
alguna parte, porque en tal vileza

no lo puedan dudar, y sean testigos
nuestros deudos, y amigos.
Y volviendo á la hora que os prevengo,
en el quarto entrarémos, pues yo tengo
llave, por el gobierno que me han dado,
y de repente Cárlos asaltado
pagará su delito,
contra cuya traicion el brazo irrito.
Senesc. Pues Enrique, á emprender
lo que previenes.
Cond. Vamos, Enrique, pues aquí nos tienes.
Enr. Sois mis amigos, y os preciais de leales.
Senesc. La noche baxa en sombras desiguales:
Vamos donde tu pecho nos abona.
Enriq. Vamos, porque me ciña esta Corona.
Salen Cárlos, y Espinaca un poco apartados.
Cárl. Cobarde entre tantas dudas
muevo los confusos pasos;
y ya por aquesta parte
que me guie Irene aguardo.
Espin. Aunque me mandó quedar,
hasta aquí tras de él me he entrado,
solamente por no hacer
lo que me mandó mi amo.
Cárl. En fin, se quedó Espinaca,
que hoy mas, que nunca, cansado,
dió en no apartarse de mí.
¡Es posible, Cielos Santos,
que en la Reyna haya podido
tanta virtud ser engaño!
¿Puede ser? no puede ser:
viven los Cielos Sagrados,
que es traicion, y que es ofensa
en mí el llegar á pensarlo.
No es tan limpio el Sol, y miente
el pensamiento villano,
que sacrílego presume
obscurecer tantos rayos.
¡Pero qué presto veré
de mi duda el desengaño!
quiero ver: mas ácia allí
hay gente; de verlo trato.
¿Quién vá? ¿quién es?
Espin. Espinaca,
porque hoy por servirte rabio,
solo porque tú no quieres.
Cárl. ¿Pues huyo de tí, y te hallo
junto á mí? estoy por volverme.
Esp. Pues oye un cuento á ese caso.
En una casa habia un duende,
y haciales muchos daños
á los que en ella vivian:
ya les daba con un jarro,
ya les quitaba la ropa,
ya les tiraba los platos.
Los pobres, para librarse,
mudarse de allí tratáron
á otro barrio; y aquel dia,
que ellos se estaban mudando,
viniendo el dueño de casa
ya por los postreros trastos,
al duende vió, que baxaba
por la escalera cargado
con todos ellos; y el hombre
le preguntó muy despacio:
¿Dónde vas? Y el duende dixo:
Allá; ¿pues no nos mudamos?
A que él replicó: si es eso,
y has de seguirnos los pasos,
quedarnos aquí es mejor,
y excusarnos el trabajo.
Hazlo tú así, quédate,
y te saldrá mas barato,
que yo tengo de ir contigo,
aunque fueras de aquí al Cayro.
Cárl. Nada te oigo, porque ahora
soy todo de mi cuidado.
Esp. ¿Y adonde vás de ese modo?
Cárl. A un empeño muy extraño.
Esp. Si buscas un grande empeño,
vámonos á tus Estados.
Cárl. Anda, y calla.
Esp. Pues si el miedo,
que tengo en aqueste caso,
tuviera yo de bayeta,
pudiera tomar ogaño
la obligacion de los lutos.
Cárl. ¿A eso veniste menguado?
¿quánto va, que si me enojo,
te rompo todos los cascos?
Esp. No podrás, que soy Poeta,
y darás el golpe en vago.
Cárl. Ven sin temor, Espinaca.
Esp. Grande me parece, y quanto
encuentro; y es que estoy hecho

á vivir entre garbanzos:
á Dios, que he visto una luz.
Cárl. ¿Pues la luz te causa espanto?
de manera, ¿que lo obscuro
temes, y temes lo claro?
Esp. Mi miedo es de dos colores.
Cárl. Temiendo estoy, y dudando:
Irene es ésta; sin duda,
que éste es de la Reyna el quarto,
Sale Irene con luz.
Iren. Cárlos, yo vengo á buscarte,
agradecida al cuidado
que te ha traido, aunque yo,
ni lo entiendo, ni lo alcanzo;
pero de qualquiera suerte
el verte conmigo, Cárlos,
viene á ser de la fortuna
el mas alegre agasajo.
Cárl. Irene, yo en tu hermosura
á todas horas me abraso,
y en este cuidado mio
por verte, soy el que gano;
y ahora, pues no te ofendo
en nada de lo que trato,
ponme en parte donde vea
á la Reyna. *Iren.* Este es su quarto,
que si no es á mí, á qualquiera
(como ves) está negado;
y si ello ha de ser preciso,
sígueme, y pondréte, Carlos,
donde la veas; y advierte,
si es que pretendes acaso
exâminar su virtud
por cansas, que yo no alcanzo,
que es tan grande, que al dexarte
con ella con tal recato,
siendo yo quien mas te quiere,
llevo el pecho asegurado.
Vén, Cárlos; y tú, Espinaca,
te quedarás aguardando
acá afuera. *Espin.* Si es posible,
pónme léjos de los palos.
Cárl. Vamos, y el Cielo permita
que desmentido el engaño,
quede el Sol de su virtud
mas puro, luciente, y claro.
Entrase por una puerta, y sale por la otra Isabel con luz.
Isab. Mil gracias os doy, Señor,
de que pobres me habeis dado,
y hoy los he visto, y hablado
á escondidas del rigor
de quien cruel me los quita,
pues por aquesta ventana
vuestra Mano Soberana
el verlos me solicita.
Por ella algunos he hablado,
y les he dicho que vengan
á verme, y que se detengan,
por si tiene mi cuidado
algo que darlos; y espero,
que Vos me lo habeis dar,
que en balde no se han de estar
haciéndome á mí terrero.
Pero mas el amor mio
movió una pobre muger,
que me obligó á enternecer,
pues desnuda al yelo frio,
me decia con voz muda,
y con ansia repetida:
Isabel, tu estás vestida,
no es bien que esté yo desnuda.
Díxela, que me llamase,
porque el vestido partiese,
quando la noche me diese
lugar, sin que se notase.
Y así, con atento oido
estoy, por si oigo nombrarme,
que no es mucho desnudarme
por Dios, pues él me ha vestido.
No la oigo, y se aflige el pecho:
sin duda desconfió;
¿pero qué mucho, si yo
soy de tan poco provecho?
Asómase Cárlos á la otra parte.
Cárl. De aquí puedo sin rezelo,
en la duda que resisto,
ver á Isabel sin ser visto:
todo me parece Cielo.
¡En aquel pecho traicion
tan grande pudo caber!
¡O, qué malo es de entender
el humano corazon!
no es posible, es infiel
quien lo llegare á pensar.
Isab. Ya no tengo que esperar

á mi desnuda. *Dentro voz.* Isabel.
Isab. Esta es sin duda. *Voz.* Sintiendo
el hielo desnuda estoy.
Isab. Ya desnudándome voy,
porque abrigaros pretendo;
con aqueso os abrigad:
ya llevais mas que os poner.
Voz. Mas desnuda te has de ver.
Dentro Enrique.
Enriq. Nobles vasallos, entrad.
Tod. Entremos. *Cárl.* ¡Qué gran rumor!
mayores dudas resisto.
Isab. ¡Ay de mí, si aquesto han visto,
y castigan con rigor
el que á los pobres acuda!
Entranse el Senescal, Enrique, y el Conde.
Enriq. Húngaros nobles, entrad,
y el delito averiguad.
Isab. Mucho siento estar desnuda.
Enriq. Aquí está Cárlos. *Cárl.* Si estoy,
mas no he visto al delinqüente,
y es todo engaño evidente.
Enriq. Clara su traicion os doy:
la Reyna está sin recato,
Cárlos está en su aposento,
y es el mayor fundamento
el que hoy le ha dado un retrato
suyo, que unido al del Rey,
hace mas su ceguedad,
pues con tanta libertad
falta al respeto, y la ley.
Isab. Decis bien, así es verdad,
yo de encubrirlo no trato,
dadle uno, y otro retrato,
Cárlos, y mi voluntad
se estorbe, si es ley precisa,
que contra mí se declara.
Senesc. ¿Pues ya qué prueba mas clara,
si ella misma lo confiesa?
Cárl. Yo los tengo. *Enriq.* Porque necio
se los entregó su error,
el uno para el amor,
y el otro para el desprecio;
y así Cárlos muera.
Carl. ¡Ah infame!
logróse tu alevosía;
mas yo haré que entienda Hungría
quando tu sangre derrame.
Enriq. Ea, matadle. *Isab.* Deteneos,
no porque me tenga amor,
es razon. *Cond.* ¡Ay tal error!
qne aun no encubre sus deseos!
Senesc. Muera el traidor Cárlos, mue
Salen Irene, Espinaca, y Flora.
Irene. Bien mi amor lo rezeló.
Espin. Ea, señor, aqui estoy yo,
que es como si no estuviera.
Cárl. Viles, todos sois traidores.
Todos. Muera. *Esp.* Esta vez le dan mu
miren que ese hombre está solo,
ténganse ustedes, señores.
Enriq. Hoy la vida perderás.
Cárl. Bien tu traicion se concierta.
Irene. Pues yo cerraré esta puerta,
y asi librarte podrás.
Retirándose Cárlos, se entra por u puerta, y Irene la cierra por adentro.
Enriq. Derribaránla mis pies.
Dentro Cárlos. Aquesto es librar la vida
para matarte despues.
Enriq. Seguidle: mas ocultarse
no puede su fé traidora,
porque aunque se libre ahora,
despues no podrá librarse.
Pueblo, y Nobleza de Hungría,
ya habeis visto de Isabel
la liviandad tan infiel
en la virtud que fingia:
Ya entendisteis la indecencia
de sus livianos antojos,
y así vuestros mismos ojos
hoy la han de dar la sentencia.
Depuesta del Reyno quede,
pues es ley establecida,
que la Corona ofendida
ninguno excusarla puede.
Salga del Palacio luego
para vivir despreciada,
afligida, y maltratada,
y nadie acuda á su ruego.
Padezca en tanta crueldad,
viva en lágrimas deshecha,
hasta dexar satisfecha
la ofendida Magestad.

Cay

Cayga del sagrado Imperio,
y á tanta desdicha llegue,
que el sustento se la niegue:
muera al comun vituperio,
su gran liviandad iguala
al castigo que la doy.
Isab. Dios sabe que mala soy,
pero no he sido tan mala.
Flora. Espinaca, su delirio
procura aquí resistir.
Espin. Yo no la quiero impedir
la corona del martirio.
Enriq. Dexadla todos al fiero
desconsuelo que merece.
Cond. Su culpa el enojo crece.
Senesc. Pruebe el castigo severo.
Enriq. Voy á cumplir la forzosa
ley, que de amparo la priva.
Isab. Como yo entre pobres viva,
yo viviré muy gustosa.
Enriq. Pues con ellos has de estar.
Isab. Eso aliviará mi pena.
Espin. Hazte tú una llaga buena,
y riete de reynar.
Enriq. Ea, amigos, asistid
á mi causa, y mi derecho.
Cond. Ya conoces nuestro pecho.
Senesc. Y el Laurel te has de ceñir.
Cond. Hoy lograrás tu intencion.
Enriq. Venció mi industria al poder.
Isab. Ea, mi Dios, á padecer,
que aquí está mi corazon.

JORNADA TERCERA.

Salen Flora, y Irene.

Flora. ¿Tú la viste de esa suerte?
Irene. Sí, Flora, yo ví á Isabela
desnuda, pobre, abatida,
pidiendo de puerta en puerta,
de tosco sayal vestida.
Su hermosura, y gentileza,
y sin artificio el talle,
con rudo cáñamo estrecha,
el pálido rostro ilustra
de una compostura honesta,
sin que la altere el semblante,
ni el contento, ni la pena.
Constante en el sufrimiento,
bien hallada en la miseria,
humildemente apacible,
la vista en el Cielo puesta.
El Cielo hizo mas hermoso
con sus dos luces serenas,
pues clavando en él los ojos,
le añadia dos estrellas.
Por Cetro en la diestra empuña
un tosco bordon, que alienta
de aquel humano edificio
la frágil naturaleza.
Confiésote, que no tuve
mas ánimo para verla,
pues me enterneció de suerte,
que me olvidé de la queja.
Y segun lo que imagino,
no creo que en Isabela
pudo caber tal delito;
y lo que mas me atormenta,
es ver, que inocente Cárlos,
si este tirano le encuentra,
ha de pagar con la vida
la culpa de su sospecha,
pues solo para este efecto
le buscan con diligencia,
para que en suplicio infame
vea el mundo su tragedia.
Todos dent. Viva Enrique, Rey de Hungría.
Flora. ¿Pero qué voces son éstas?
Irene. La aclamacion con que á Enrique
la Corte aplaude, y festeja,
pues el dia se ha llegado
en que coronarle intenta.
Conmigo aquí te retira.
Apártanse.
¡Ay, Cárlos, lo que me cuestas!
Salen el Senescal, el Conde, Enrique, música, y acompañamiento.
Música. De Hungría el Laurel dichoso
ilustre al Sol la Diadema,
porque mas altos blasones
Enrique en su frente vea.
Senesc. Viva Enrique, decid todos.
Todos. Viva Enrique, viva. *Enriq.* De esa
aclamacion será el premio
el amor, y la fineza
con que estimo vuestro aplauso.

Y solo se desempeña
el mio, con procurar
que vuestra alabanza crezca;
vuestro Estado se mejore,
y mi razon se engradezca.
Ya veis, vasallos, y amigos,
como esta Corona hereda
mi valor por tantas causas;
y aunque ha sido la primera
por muerte de Ludovico,
y el delito de Isabela,
que por ley de esta Corona
suceder no puede en ella
la que en adulterio infame
haya incurrido; no es esa
la causa, que mas me obliga,
la razon, que mas me fuerza
á solicitar ser dueño
de tan ilustre Diadema,
sino ver las disensiones
á que quedaba sujeta,
por ser hoy blanco, á quien tiran
Polonia, Parma, y Lorena.
Y aunque á tantos pretendientes
toca por partes diversas,
debo de ser preferido
por ser de línea mas cerca
de varon, que es á quien toca
esta legítima herencia.

Senesc. Y toda, aunque ya á tus plantas
hoy te dará la obedencia,
rindiéndote el vasallage
con lealtad, y con fineza.

Rob. Ya la Nobleza, y la Plebe
para coronarte esperan;
ven, y ocuparás el Trono,
que previene á tu grandeza.

Iren. Flora, el ver glorias sin Cárlos,
me cuesta insufribles penas.
Sígueme, que es ya imposible
el tener gusto en su ausencia. *Vanse.*

Enriq. Senescal, Roberto, amigos,
de mi memoria es ya deuda
el premiar vuestro cuidado.

Rob. Con tu sombra á los dos premias.

Senesc. Mira que el Reyno te aguarda,
que hoy, Señor, jurarte intenta.

Enriq. Vamos, Senescal. *Senesc.* Vosotros
repetid la misma letra,
dando en ecos á la fama,
y al mundo la enhorabuena.

Música. De Hungría el Laurel dichoso
ilustró al Sol su Diadema,
porque mas altos blasones
Enrique en su frente vea.

Vase á entrar Enrique, y sale Isab. y le detiene.

Isab. Deten el paso.

Enriq. ¿Quién eres,
muger, ilusion, ú idea,
que me has turbado al mirarte?

Isab. Una sombra de mí mesma,
una memoria con alma,
sin fruto una rama seca;
y en fin, para no cansarte,
un eco soy de Isabela.

Enriq. ¿Pues cómo te has atrevido
á ponerte en mi presencia,
sin temor de que mi enojo
castigue tu injusta queja?

Isab. No te espantes, pues me obliga
la necesidad extrema,
que como has mandado tú
que nadie me favorezca,
todos te han obedecido;
que nuestra naturaleza
mas fácilmente se inclina
al rigor, que á la clemencia;
y así te pido por Dios
una limosna. *Enriq.* Sí hiciera:
(fingirme enojado importa
por justificar su pena)
sí hiciera, digo otra vez,
á no ser tan torpe, y fea
la culpa por qué padeces
ese oprobrio, esa miseria.
Mas porque no tome exemplo
ninguno en mí, hoy te niega
mi piedad el alimento
que pides, porque en tí vea
el mundo un vivo escarmiento
de tu maldad, pues la tierra
que pisas aun no mereces;
Dios castiga la insolencia
de una muger, que es tan mala.

Isab. Dios puede hacerme muy bu-

¡no basta el no socorrerme,
sino que tambien me afrentas!
¡así mi afliccion alivias
quando á coronar te llevan!
¡O engaño de la fortuna!
¡ó como el camino yerras!
porque si el pobre mendigo
á todo nn Dios representa,
quien le ultraja, ó le baldona,
no á él, á Dios hace la ofensa;
y no le toca á ninguno
juzgar si es justa la pena
del que pide, ó si es injusto
el favor que en él emplea,
que la piedad generosa
del delito no se acuerda.
Y así, Enrique, al pobre humilde,
por mas pecador que sea,
ya que el mal no le socorres,
no le ultrages con afrentas.
Y advierte, que es este mundo
una Fábula ó Comedia,
adonde todos á un tiempo
á hacer su papel comienzan;
uno hace el pobre, otro el rico:
Yo aquí hice el de la Reyna,
y ahora hago el de mendiga,
que en las jornadas se truecan
los papeles, por las muchas
personas, que entran en ellas;
pero pasado aquel tiempo
que duró la alegre fiesta,
todos se quedan iguales.
No me desprecies, y haz cuenta,
que vendrás á ser despues
lo mismo que de ántes eras,
y que dura nna jornada
el papel que representas
en esta farsa, y que aquí
solo está la diferencia,
en que es un poco mas larga
de esta vida la Comedia.

Enriq. Ya sé tus hipocresías;
pero muger deshonesta,
que á su esposo:::-

Isab. Ten la voz,
que á tí mismo te condenas.

Enriq. ¡Aun obstinada en tu error
te opones á la evidencia!
de arrepentirse está léjos
quien lo que es público niega:
dexadla. *Isab.* ¿Qué, en fin te vas
sin remediar mi pobreza?
Enrique, primo, señor:::-

Enriq. ¿Primo has dicho, y no revienta
el volcan de mis enojos?
contra tí mintió tu lengua,
mintió tu voz como infame,
que no es posible, que tenga
una adúltera muger
sangre mia. *Isab.* El paso enfrena.

Enriq. Nada te puedo otorgar.

Isab. ¿No puedes? *Enriq.* No. *Vase.*

Isab. De eso arguyo,
que no debe de ser tuyo,
pues que no lo puedes dar.

Rob. Del Cielo este mal te viene. *Vase.*

Isab. ¿Del Cielo viene? pnes venga,
que mal que viene del Cielo,
no es posible que lo sea.
Todos me han desamparado;
pidiendo de puerta en puerta
he andado lo mas del dia,
sin escuchar mas que afrentas,
ultrages, penas, injurias;
sí bien, Señor, todas ellas
se me han hecho muy suaves
en memoria de las vuestras.
Su ignorancia los disculpa;
no son, no, dignos de pena,
que como tienen creido
mi delito, es cosa cierta,
que ha de ser aborrecida
maldad, que ha sido tan fea.
Mucho mas merezco yo,
polvo soy, nada me altera,
ello me conviene, pues
vuestra voluntad lo ordena.
De MARIA, vuestra Madre,
haced que imite las huellas,
que con ser Reyna del Cielo,
y aun mas, que ser Madre vuestra,
se partió peregrinando
á Egypto: yo, que fuí tierra,
y solo Reyna en el nombre,
¿qué mucho, que en mí se vean

es-

estos trabajos, si á quien
nació de todos excepta,
por timbre de su corona
gloriosa la injuria ostenta?

Espinaca dentro.

Espin. Den al pobre, á quien un rayo,
y fulminante centella
le abrasó todas sus carnes
un dia andando en la siega.
Isab. Allí aquel pobre criado
de Cárlos tambien se queja,
que como es leal, padece
la misma fortuna adversa.
Espin. Socorran al pobre manco,
tullido de pico, y piernas,
que de limosnas benditas
cinco criaturas sustenta,
enfermas en una cama
con sarampion, y viruelas.
Por las tres necesidades,
que pasó la Vírgen bella
al pie de la Cruz. *Isab.* Callad,
amigo, y tened paciencia.
Espin. ¿Qué es paciencia?
que si no es desta manera
dando voces, no es posible
cobrar un hombre su hacienda.
Isab. ¿Hacienda os deben?
Espin. Sí, bien;
porque si tiene qualquiera
obligacion de hacer bien
al pobre, y éste me niega,
claro está que me la debe,
y he de cobrarla por fuerza,
y á puros gritos, y voces
le he de romper la cabeza.
Isab. ¿Y os va bien con esa industria?
Espin. No me va muy mal con ella.
Isab. Eso es irritar al Cielo,
Espinaca. *Espin.* Que tú eras
luego al instante lo dixe
al verte desta manera.
Isab. ¿En qué lo echaste de ver?
Espin. En que siendo recoleta
conociste la espinaca.
Isab. Amigo, ya mi flaqueza
ser de algun débil ultrage
de la vil naturaleza,
muestra: hoy muero.
Espin. ¿Qué es lo que sientes?
Isab. Dos dias ha que no entra
en mí el natural sustento.
Espin. Si no hace la diligencia,
Reyna mia, no se espante:
cuerpo de Dios, pues es nueva
en el oficio, alce el grito,
que le ponga en las estrellas,
y si el bramo la es molesto,
use de aquestas tres piezas.
La encorvada, la temblona,
y la de la boca tuerta,
son fixas, y no es muy mala
la que llaman la Tudesca,
que es fingirse alegre, y simple,
y es fácil, pero es zorrera.
La de su padre cautivo,
no es mala para el que empieza,
como sea forastero,
con todos tenga gran cuenta,
importunando, y moliendo
en las calles, en la Iglesia,
en el campo, en los caminos,
en bayles, juegos, y fiestas,
en tabernas, en figones,
en terrados, y azoteas;
y en viendo á un hombre parado
con alguna dama bella,
embístale como un rayo,
que quando no le suceda
bien, hace una buena obra,
que al ver, que no trae moneda
para dar limosna al pobre,
la dama al punto le dexa.
Item, tendrá de memoria
las diversiones agenas,
que en dándoles en la nuca,
es fuerza sacar la cherpa.
Los quatro tiempos del año
ha de pedir por vereda,
por el Verano en el rio,
por el Invierno en las huertas,
por Otoño en el Barquillo.
y en las Cruces la Quaresma.
Todo lleno de remiendos,
manto capitular tenga,
que decienda trozo á trozo

del

del solar de la trapera.
Y quando salga á pedir
se le ponga como beca,
que con esto en pocos dias,
si dura la estratagema,
puede dexar á sus hijos
dos mil ducados de renta.
Isab. ¡Válgame Dios, en qué errores
la vil codicia tropieza!
¿Y con toda aquesta industria,
tienes pan? *Espin.* Veinte fanegas
tengo sembradas.
Isab. ¿Pues cómo?
Espin. Con un rico una pendencia
tuve, y pidiéndole campo,
me dió un pedazo de tierra,
en que sembré. *Isab.* ¿Segun eso
no reñiste? *Espin.* Es cosa fea;
yo, qnando pido campaña,
es para sembrar en ella.
Isab. Y en fin, amigo, ¿no tienes
algo que darme? *Espin.* ¡Ay tal flema!
miren lo que son mugeres,
que con ser santa, y ser buena,
no olvida las malas mañas
de parecer pedigüeña.
Dentro los Pobres.
Pob. Bnsquemos todo el contorno:
¿adónde estás, Isabela?
Isab. ¿Qué ruido es éste?
Espin. Allí veo
de pobres nna caterva,
que te buscan. *Isab.* Lleguen todos.
Espin. Aquí está, amigos, la Reyna.
Salen Pobres, y entre ellos Cárlos de pobre.
Cárl. Disfrazado en este trage
he logrado mi cautela,
pues de Enrique he conocido
designios, armas, y fuerzas:
presto, Isabel, tu venganza
se logrará. *Espin.* Ya os espera.
1. Señora, los pobres todos,
conociendo tu verdad,
tu grande necesidad
socorren por varios modos.
2. Cobra valor, no estés triste,
que hoy, á pesar de la suerte,
vienen á favorecerte
los que tú favoreciste.
Espin. Parabienes infinitos
les dad; recibid los dones,
Dala Espinaca lo dicho.
que ofrecen los hermanitos;
cada uno en su favor
me entregue aquí la obra pia,
por quanto en su compañía
me hizo á mí su cobrador.
3. Guárdela este panecillo
que la traigo.
Espin. Hambre provocas: ¡qué blanco!
3. Es pan de la boca.
Espin. Yo se lo haré del carrillo.
4. Señora, quanto tenemos,
y hallare la industria aquí,
todo ha de ser para tí,
que al edicto no tememos.
Cárl. ¡Válgame Dios! ¡que esto miro!
pero aquí importa el silencio. *Ap.*
Isab. Amigos, al Poderoso
no irriteis, que esto del Cielo
es disposicion divina,
ello debe de ser bueno.
De vuestro socorro humilde
la fineza os agradezco;
de Dios, para sustentarme,
habeis sido el instrumento:
aunque á mí solo me basta
para el natural sustento
este pan; dámele, amigo,
que con el cristal deshecho
de aquella fuente que corre,
será el regalo que espero
tener en esta jornada.
Espin. Come algo, Señora, de esto.
Isab. No es posible.
Espin. ¿Qué te ha dado?
Isab. Amigos, mala me siento,
no sé qué oculta violencia
de dolor me abrasa el cuerpo:
quedaos con Dios, hijos mios,
que allí retirarme quiero.
1. Pues arrímate á nosotros.
Isab. Las plantas apénas muevo,
la salud me va faltando.
Espin. Por eso te llevarémos

á la silla de la Reyna.

Vase entrando arrimada á los pobres, y representando.

Isab. Los brazos me dad: contento
me da, Dios mio, el mirar,
que ando con los pobres vuestros,
que si de vuestra grandeza
son retratos verdaderos,
no puedo esperar mas gloria,
pues vengo á ser uno de ellos:
vamos, hijos. *Cárl.* Tente, amigo.

Espin. ¿Qué es tente, amigo?
es un puerco
quien me tiene por detrás.

Cárl. ¿No me conoces? *Espin.* ¿Qué es esto?
¿tú aquí, señor? Cárlos mio,
salto, y brinco de contento.

Cárl. Calla. *Espin.* ¿Tú aquí,
quando corre tu vida
tan grande riesgo,
y en este trage? *Cárl.* Sí, amigo,
yo he venido de secreto
con este disfraz, á ver
las armas, y los pertrechos
del tirano, para entrar
en la Ciudad á sangre, y fuego,
que el de Bohemia, piadoso
me dió gente, con que vengo
á emprender la accion mas grande,
que ha de ver el Orbe; y puesto
que eres leal, hoy te importa
asistir con todo extremo
á la Reyna, no te apartes
de su lado, porque en viendo
la victoria por nosotros,
me has de dar aviso luego,
porque á su amparo acudamos
todos juntos.

Espin. Bueno es eso; que además
de hacer lo que dices, pienso
juntar un tercio de pobres,
y he de ser Capitan de ellos,
con que Enrique, y sus sequaces
han de llevar pan de perro.

Cárl. Calla, y mira,
que importa el no gastar tiempo,
ni que nos vean hablando.

Espin. Ya á tu órden me sujeto.

Cárl. Pues queda á Dios.

Espin. El te guarde.

Carl. Hoy mis enemigos venzo;
mira que á Isabel te encargo.

Espin. Ya sé que eso es lo primero.

Cárl. De tu abrigo necesita.

Espin. Vete, que yo te prometo
de darle lindo capote,
siempre que gane á los cientos.

Vanse, y sale Ludovico de Peregrino.

Rey. Ya veo, Hungría, tus muros,
mas ántes pluguiera al Cielo,
que cegara en esta ausencia,
ó ensordeciera á los ecos
de la noticia que escucho,
de la sinrazon que veo,
de la desdicha que extraño,
y del peligro que temo.
¿A quién habrán sucedido
tan desusados, tan nuevos
prodigios de la fortuna?
Yo me salí de mi Reyno
á la piadosa conquista
de Jerusalen; su cerco
me tocó de la batalla,
al Turco su prisionero
quedé en ella, y de cautivo
á Constantinopla luego
me lleváron: callé el nombre
por correr mi vida riesgo.
Doce años estoy cautivo,
tiéneme Hungría por muerto,
en el Gange me rescato
como hombre ordinario; vuelvo
á mis Estados, y hallo,
que Enrique, como heredero,
se ha subido á la Corona,
porque en infame adulterio
Isabela:- ¿qué? ¿qué he dicho?
máteme mi propio aliento:
¡aquesto conozco, y vivo!
¡esto pronuncio, y no muero!
¿Cómo al rigor de mi enojo
no me acaba el sentimiento?
¿Cárlos, mi mayor amigo,
de la lealtad vivo exemplo,
pudo emprender en mi ausencia
tal error? no, no lo creo;

mas si es público mi agravio,
¿para qué busco al despecho
disculpas? caygan los montes
sobre mí, sepulte el centro
á un infeliz: ¿Qué me importa
la Corona, el Mnndo, el Cetro?
¿De qué me sirven de Rey
soberanos privilegios,
si siendo como ninguno
en el poder, y el Imperio,
mi honor como los demas
vive á la ofensa sujeto?
Yo tomaré la venganza,
que en este trage encubierto
nadie podrá conocerme,
y apuraré de secreto
los que traidores han sido,
ó los que leales fuéron,
pues vengo de armas ocultas
prevenido para el riesgo.
O pesia á mí, y al aleve,
vil, y enorme atrevimiento
del que intentó::- ¿mas qué digo?
castigo ha de ser sangriento
de mi furia, de mi rabia,
sn vida, su infamia, siendo
un atomo de mis iras
su menor destrozo al viento,
y bebiéndole la sangre,
le he de sacar con mi aliento
el alma, que á poder ser
divisible, á los incendios
de mi rencor, á pedazos
la hiciera tambien, y aun eso
la sed, la sed no apagara
del torpe honor de mis zelos.
¿Mas esto pronuncio yo?
¿esto á pnblicar me atrevo?
Miente la voz que tal dice,
y si soy yo, tambien miento.
¡Mi esposa, Cielos, mi esposa
pudo cometer tal yerro!
¡En tan honesta hermosura
cupo un tan baxo defecto!
¡eclipse en el sol mas claro!
¡mancha en el cristal mas bello!
la beldad á quien mas quise,
la perfeccion á quien tierno
adoro, pudo agraviarme!
no es posible, no lo creo.
Mas si el mundo lo publica,
cierto ha sido: no fué cierto,
¿engaño fué? no fué engaño,
la fama no miente: Cielos,
quitadme la vida, y sea
un piadoso rayo vuestro
alivio de mi desdicha,
y fin de mis sentimientos.

Sale Cárlos de Soldado.

Cárl. Ya he salido de tus muros,
ingrata Patria, y te dexo
hasta tomar la venganza
de ese tirano, ese fiero
monstruo de Hungría: **A esta parte**
retirarme ahora quiero,
hasta que sea de noche,
para que pueda sin riesgo
incorporarme en la gente,
que he conducido.

Rey. ¡Qué veo! *Ap.*
de la Ciudad sale un hombre,
y de él informarme espero
de la novedad de Hungría.

Cárl. De este Peregrino intento *Ap.*
saber algunas noticias.
¿Peregrino forastero, *A él.*
que al parecer lo mostrais,
venis de Bohemia?

Rey. No vengo sino de Jerusalen,
porque despues que en su cerco
me hallé, en Turquía cautivo
estuve. *Cárl.* ¿Pues segun eso,
de todo tendréis noticias?

Rey. De todo noticia tengo.

Cárl. ¿Qué en fin al sitio os hallasteis
de Jerusalen? *Rey.* Es cierto,
y al lado del Rey de Hungría
fué conocido mi aliento.

Cárl. ¿Y el Rey de Hungría murió
en la batalla? *Rey.* Eso mesmo
corrió, mas nadie le ha visto
despnes, ni vivo, ni muerto.

Cárl. ¡Notable desdicha ha sido!

Rey. Yo mas que todos lo siento,
pues de su mano esperaba
de mis lealtades el premio.

Cárl. ¿Y quién sois vos?
Rey Un Soldado,
que le he servido, y espero
remuneracion de Enrique,
pues él sucede en el Reyno.
Cárl Amigo, de ese tirano
no fieis. *Rey.* ¿Por qué respeto
le dais tal nombre?
Cárl. Por muchos.
Rey. Decidme algunos.
Cárl. El primero
es, que levantó á la Reyna
un testimonio, diciendo.
que era adúltera. *Rey* ¿Pues cómo?
Cárl. Fué por entrarse en el Cetro.
Rey. ¿Testimonio fué? *Cárl.* No hay duda:
amigo, pluguiera al Cielo
pudiera yo publicarlo.
Rey. ¿Qué decis? de vos espero
saber la causa, y mirad,
que soy leal, y verdadero
vasallo de Ludovico,
y desde ahora me ofrezco
á morir en la defensa
de Isabela, si eso es cierto.
Cárl. Todo ha sido testimonio,
por el mas raro y mas nuevo
ardid, que han visto los siglos.
Rey. Referidlo. *Cárl.* Ese soberbio
Enrique, le dixo á Cárlos:–
(y porque advirtais primero
quién era Cárlos, sabed,
que era un leal Consejero
de la Reyna, y muy valido).
Rey Proseguid, que ya lo entiendo;
mucho estimo esta noticia.
Cárl. Díxole con gran misterio,
que él sabia que la Reyna
cada noche en su aposento
entraba un hombre á deshora.
Respondió Cárlos: No creo,
que en Isabel pueda haber
yerro alguno, quando vemos,
que honesta, santa, piadosa,
asiste atenta al gobierno.
Yo lo ví (replicó Enrique)
y porque sepais que es cierto,
disimulado en su quarto
puedes quedarte encubierto
esta noche, y verás como
á su esposo hace adulterio.
Aceptó el partido Cárlos,
y estando junto á su lecho
oculto: Enrique, que vió
asegurado su intento,
tirano, traidor, aleve,
llamó á los Grandes, diciendo,
que era adúltera con Cárlos.
Entráron en su aposento,
y como en su quarto oculto
públicamente le viéron,
quisiéron matarle, y él,
sacando el bizarro acero,
pudo escapar con la vida.
¡Quién duda que fué del Cielo
prodigio, qué fué piadoso,
por su inocencia volviendo!
Hizo público el delito
de Isabel Enrique, haciendo,
que con rigor, é ignominia
la despojasen del Cetro,
y que ninguno la diese
alvergue, amparo, y sustento;
enferma, pobre, abatida
anda Isabel por el Pueblo.
Rey. ¿Enferma, abatida, y pobre?
Cárl. Y tan enferma, que pienso,
que de incurable da horror,
pues de lepra todo el cuerpo
cubierto, el Job la apellidan
de las Mugeres. *Rey.* ¿Qué en eso
para Isabel? ¡ay de mí!
Cárl. ¿Pues no es mas andar pidiendo
limosna de puerta en puerta?
Rey. ¡Limosna ha pedido!
Cárl. Es cierto;
y aborrecida de todos,
porque engañados creyéron
su delito (¡ó vil cautela!
ó infame rebelde pecho
de codicioso tirano!)
Pero no importa, que presto
se ha de llegar la venganza;
que el Rey de Bohemia, sabiendo
esta verdad, ya sus armas
entrega á Cárlos resuelto,

y me incorporo con él,
porque á su sombra deshecho
caiga este aleve atrevido,
quedando á tan noble empeño
restituida la fama
de Isabel, y de su dueño.
Esto te digo, porque
si entrares en ese Pueblo,
pues eres leal, publiques
esta verdad á su tiempo. *Vase.*

Rey. Cielos, sin duda éste es Cárlos,
que en la voz: tente, ¿qué es esto,
fortuna, que me sucede?
No sé qué oculto secreto
hallo en aquesta noticia,
que me alivia el grave peso
de mis dudas, y discursos,
y que ha sido traicion creo
de Enrique. ¡O infame tirano,
vil traidor, que á no ser eso,
tan presto con este aviso
no se conformara el pecho!
¡Cielos, mi esposa abatida
estando inocente! ¡ó fiero
pesar! mas, ¡válgame Dios!
¿si hay algo mas, que no entiendo?
No es posible, Cárlos; Cárlos
sin duda es leal, supuesto
que convoca el de Bohemia
de mi agravio al desempeño.
¿Pero quién tendrá valor
para ver tanto improperio?
¡Isabel en tal desdicha!
¡mi esposa en tanto desprecio!
¡yo he de verla en tal miseria!
ciegnen mis ojos primero.
¿Cómo con esta memoria
el ayre á voces no enciendo?
¿la vida á llanto no exhalo?
de bronce soy, pues no muero.
Mas estos son de la fama
vanos encarecimientos;
no será tanto: ¿qué escucho?
de la Ciudad gente siento.

Dentro. Echadla de la Ciudad,
no quede en ella, que es fuego
la lepra, y los que la miran
inficiona con su aliento.

Todos. Salga fuera la Leprosa.

Arrójanla, y cae en un muladar.

Rey. ¡Válgame el Cielo, qué veo!

Isab. Con ménos rigor, amigos,
me arrojad, que todo el cuerpo
me habeis lastimado al golpe
de vuestro enojo severo.
Sobre aqueste muladar
estaré, para tener
un espejo en que mirar
el lodo vil, que he de ser:
que si todo ser humano
será en esto convertido,
para no quejarme en vano,
hago cuenta, que he venido
al sepulcro mas temprano.
A vuestra Deidad Sagrada
dedico en ofrenda cierta,
Señor, mi humildad postrada,
y aquesta carne llagada
con tantas bocas abiertas:
si bien juzgo á este compas,
viendo que en mí son tan pocas,
que fino entre las demas,
para que os alabe mas,
me habeis dado tantas bocas.
En las penas que me dais
veo lo que me quereis,
y dello indicios mostrais,
pues en el bien que me haceis,
como á Job me regalais.

Rey. ¡Cielos, aquella es mi esposa!
¿qué haré en lance tan penoso?
¿á quién habrán sucedido
tanto género de ahogos?
Lastimado, y ofendido,
homicida de mi propio,
tengo la vida pendiente
entre la voz, y los ojos.

Dentro voc. Camina por esta parte
por no topar con el rostro
de la apestada Leprosa.

Isab. De mí van huyendo todos.

Rey. Los ecos de aquel desprecio
son para el alma sollozos.

Isab. Mas no importa,
Dios me ampara,
él me dará socorro.

Can-

Canta una voz.
La infeliz Reyna de Hungría,
sin Corona, y con oprobrio,
dice, que abatida vive,
porque ofendió al Rey su esposo.
Isab. No dice bien,
sabe el Cielo, *Llora.*
que fué traidor testimonio.
Rey. Voz, que de puñal sangriento
desde la punta hasta el pomo
el corazon me atraviesas,
ten el acento, el oprobrio.
No me acuerdes mi desdicha,
que aunque el engaño conozco,
es tan pesado el agravio
para quien siente su oprobrio,
que aun fingido solamente,
en ecos da el mismo asombro.
Mas ya que apurar no puedo
si es verdad, ó testimonio,
puesto que Isabel lo llora,
haga mi afecto lo propio.
Voz dentro.
Por adúltera la niegan
todo el humano socorro,
siendo por delito suyo
comun desprecio de todos.
Isab. ¡De todos comun desprecio
dicen que he sido! es notorio:
¡O necios, que no sabeis
el triunfo que en eso logro!
Rey ¡Por delito suyo! Cielos,
¿qué haré en mal tan riguroso?
Si la miro, me enternezco;
y si lo escucho, me enojo;
y en dos afectos distintos,
ira, y llanto, voz, y asombro,
á lo que el uno me obliga,
me está suspendiendo el otro;
mas al que vive inocente
se inclina mi afecto todo:
sin duda en esto hay oculto
algun secreto que ignoro.
Isab. Un hombre aquí cerca miro,
y con cuidado piadoso
parece que se enternece
de mi mal. *Rey.* Sí es, que de modo,
que en nada se diferencia
del mismo que siento y lloro.
Isab. ¿En qué está la semejanza?
Rey. En vuestro tormento propio.
Isab. ¿Pues á vos os toca el mio?
Rey. Mucha parte.
Isab. ¿De qué modo?
Rey. No lo sé para decirlo.
Isab. ¿Luego lo ignorais?
Rey. No ignoro.
Isab. ¿Pues por qué no lo decis?
Rey. Porque en algo estoy dudoso.
Isab. ¿De qué?
Rey. De vuestra desdicha.
Isab. ¿No la veis?
Rey. Ya la conozco.
Isab. A qué aguardais?
Rey A apurar
un enigma misterioso.
Isab. ¿Quién le ocasiona?
Rey. El honor.
Isab. ¿A quién le toca?
Rey. A vuestro esposo.
Isab. ¿Qué es lo que escucho?
decidlo.
Rey. Es, Señora, que este enojo
no le ha de decir la voz.
Isab. ¿Quién puede explicarlo?
Rey. El rostro.
Isab. ¿Con qué voz?
Rey. Con la vergüenza.
Isab. ¿Y si es muda?
Rey. Con los ojos.
Dentro la voz.
Voz. De su esposo Ludovico
no siente el fin lastimoso,
pues con olvidos profana
de su honor el nombre heroyco.
Isab. ¿Quién eres, hombre, que así
admirado, y pavoroso,
con equívocas razones
dejas mi pecho dudoso?
Si te sigue de traerme
á la memoria mi oprobrio,
ya sé que es grande mi afrenta,
y que ofendido mi esposo
estaria de este agravio;
¿pero si fué testimonio,
qué culpa en mí pudo haber?

Rey

Rey. Si de su fin lastimoso
dicen, que el caso no sientes,
no es ese delito poco.
Isab. Miente la voz que eso dice:
miente el tirano alevoso;
cierto que me iba á enojar
de ese horror mas que de todos.
Amigo, de quantos males,
trabajos, penas, ahogos
he padecido en la adversa
fortuna, que infeliz lloro,
ninguna he sentido mas
que la muerte de mi esposo.
Con él fuera mi tormento
suave: este mal que toco
fuera gloria en su presencia;
y como él viviera, todo
para mí fuera alegría.
Rey. ¡Cielos qué admiran mis ojos!
¿tanto le amais? *Isab.* En el alma
su dulce memoria adoro.
Rey. No es posible, que esto sea
engaño; el pecho amoroso
de escucharla se enternece. *Ap.*
Pues sabed, que vuestro esposo
es vivo. *Isab.* ¡Qué dices, hombre!
no con ese engaño loco
pretendas martirizarme
mas el corazon. *Rey*. Estoy pronto
para enseñárosle aquí.
Isab. No lo digas, que ese gozo
podrá quitarme la vida.
Rey. No hará.
Isab. Vete poco á poco,
y da lugar que el placer
de sí arroje lo penoso:
¿tú me le has de enseñar?
Rey. Sí. *Isab.* ¿Pues díme adónde?
Rey. En mí propio.
Isab. ¿Eres tú acaso? *Rey*. Yo soy,
Isabel, tu triste esposo;
dame los brazos. *Isab.* Ahora,
que eres mi esposo conozco.
Rey ¿En qué?
Isab. En que estando aquí
llagada de aqueste modo,
para llegar á abrazarme
no te ha dado horror, ni asombro.
Rey. Es, que como te he mirado
á la vista del enojo,
los zelos con el dolor
se olvidáron de lo hermoso.
Tocan á guerra, salen Enrique, y Soldados con espadas desnudas.
Dentro. El Rey de Bohemia viva;
muera el tirano alevoso.
Enriq. Amigos, ya que los muros
asaltan con alboroto
los de Bohemia, primero
que den á Isabel socorro,
acabadla de matar,
porque no consiga el logro
de verla quien la defiende:
hechadla en aquese arroyo.
Rey. No haréis, que yo la defiendo.
Deja caer el habito de Peregrino, y queda armado, sacando la espada.
Enriq. ¿Quién eres tú? *Rey*. Soy su esposo,
villanos: el Rey de Hungría
á pesar vuestro me nombro.
Enriq. Matadle.
Sale un Angel con espada, y pónese al lado del Rey, y los retira á cuchilladas.
Angel. Será imposible,
porque le ampara Custodio.
Isab. Amigos, decid que viva
vuestro Rey, acudid todos.
¡Cielos, quien tuviera plantas
para seguirle animoso!
¿Pero qué es esto que miro?
¿Dios mio, qué es lo qué toco?
sana estoy, libre me hallo,
milagros son prodigiosos,
Señor, de vuestra grandeza.
Mi bien, Ludovico, esposo,
aguarda, que el Cielo quiere,
que llegue sana á tus ojos.
Vase, tocan, y sale Cárlos, y Espinaca dando la batalla, y queda Espinaca.
Cárl. Ahora, canalla, infame,
probarás mi justo enojo.
Espin. ¡Ha buen Cárlos! vive Dios,
que eres Don Cárlos Osorio:
Amigos pobres, á ellos,
porque aqui no somos coxos.
Salen los pobres con las muletas tras los otros;

otros, y quedan en el tablado.
1. Yo le he de cascar las nueces.
2. A este coletillo intenso.
Todos. Por nuestro el campo ha quedado: viva Isabel, y su esposo.
Rey. Muere, tirano, á mi acero.
Salen Enrique, y el Rey, y Enrique retirándose.
Enriq. Ya tu valor reconozco.
Rey. Tirano, confiesa aquí la verdad. *Enriq.* Muero rabioso, que Isabel vive inocente, y que es falso testimonio.
Sale el Angel, y Soldados.
Angel. Victoria por Ludovico.
Rey. ¿Quién eres, jóven brioso, que á tu brazo, mas que al mio, debo este triunfo glorioso?
Angel. Primero que te lo diga, quiero que en aqueste trono veas á tu casta esposa triunfante de un testimouio.
Rey. Prodigios son, que no entiendo.
Corre una cortina el Angel, y aparece la Santa ricamente vestida, rodeada de Damas.
Isab. ¿Qué es lo que miran mis ojos?
Rey. Esposa, llega á mis brazos.
Isab. Mi dicha en los tuyos logro.
Angel De esta suerte prémia el Cielo, Isabel, el nombre heroyco de tu paciencia constante, para exemplo de los otros.
Vuela hasta lo alto, y desde alli atraviesa el patio.
Rey Y yo viendo este prodigio, he de premiar venturoso á Cárlos hoy, con que á Irene la dé la mano de esposo.
Cárl. Yo solo aqueso esperaba de mi lealtad por apoyo.
Rey. Conque el Job de las Mugeres aquí tiene fin dichoso.

Año de 1790.

Se hallará en la Librería de Quiroga, calle de la Concepcion Gerónima, esquina á Barrio-Nuevo. Y asimismo un gran surtido de Comedias nuevas y Tragedias, de Comedias antiguas de todos los Autores Españoles; Autos Sacramentales, al Nacimiento; Saynetes y Entremeses.